

Bandeadores San Blas, de Alloza

Recuperar la tradición

Manuel Galve Dolz
Fotografía de Rosa Pérez



El sonido de las campanas siempre ha sido un medio de comunicación utilizado para transmitir las noticias importantes de cada momento. Las campanas de la torre de la iglesia de la Purísima Concepción de Alloza sonaron desde el año 1854 hasta la década de 1980 en que, por diversas circunstancias, se dejaron de tocar. En 2019 volvieron a sonar por iniciativa de la asociación Bandeadores San Blas. Entrevistamos a Nicolás Bespín Baeta, su presidente, para conocer detalles de esta tradición.

¿Cómo surge la idea de volver a tocar las campanas?

Fue en enero de 2019 estando en el bar con Francisco Navarro y su padre Agustín cuando comentamos la posibilidad de volver a bandear las campanas para las próximas fiestas de San Blas. La idea pareció acertada, así que revisamos y engrasamos la campana llamada Sanroquera y el 3 de febrero, día del patrón, se volvió a tocar.

Desde entonces, los acontecimientos se han desarrollado muy deprisa.

Sí. Volver a escuchar el bandeo de las campanas produjo en los vecinos una sensación de comunidad, de fiesta y de recuperar sentimientos que nos motivó a restaurar la campana principal, la María Asunción, que presentaba tal grado de deterioro que impedía ser volteada. Gracias a las gestiones del Ayuntamiento fue reparada, se colocó en su lugar con nuevos rodamientos y el día 15 de agosto, coincidiendo con la fiesta de la Asunción, volvió a sonar con todo su esplendor. A partir de ese momento han sido muchas las ocasiones en que se han tocado, principalmente en días de fiesta, en bodas y en comuniones, pero también en momentos tristes, como fue el fallecimiento de nuestro paisano Joaquín Carbonell.

Explicanos las características de las campanas.

Tenemos tres: la María Blasa, la Sanroquera y la María Asunción. La más pequeña es la **María Blasa**, que se encontró en lo que era la casa del cura cuando el edificio se derribó a finales de los años 90. Su nombre hace honor al patrón de Alloza, pesa 60 kilos, tiene un diámetro de 430 mm y es la más antigua, ya que se fundió en 1851. Es la que habitualmente marca los cuartos de hora, pero ahora no se volteja porque está en mal estado y requiere una restauración integral.

La **Sanroquera** se llama así porque mira a la calle y ermita de San Roque, pesa unos 700 kilos y tiene un diámetro de 1000 mm. Está un tanto descompensada por el yugo de hierro que le colocaron con el fin de mecanizarla. En el bronce está inscrito el texto "Refundición donada por D. Fermín Aranda Olleta y Teresa Roig Díez. 1999". Se bandea con dificultad y estamos haciendo gestiones para modificar el yugo y ponerlo de madera y herrajes tal como era el original.

La campana mayor es la **María Asunción**, que pesa 1200 kilos y tiene 1250 mm de diámetro. Se llama así porque, según se cuenta, fue izada el día de la Asunción. Como ya he indicado se restauró en 2019 con herrajes, madera de carrasca y tornillería como los originales por la empresa valenciana 2001 Técnica y Artesanía, quedando muy bien equilibrada. El bronce fue fundido por los Hnos. Colina, de Sigüenza, y tiene la inscripción "Siendo párroco D. Paulino Gómez y Alcalde D. José Aranda. Regidores T.A., A.T., L.C., M.B., T.L., T.A., L.F. Año de 1924".

Habéis formado una asociación.

Sí, somos siete personas con edades entre 30 y 77 años a los que nos gusta esta tradición y nos apasiona el sonido acompasado y vibrante que se produce al tocar las campanas. Mi padre, Mariano, es el mayor y desde pequeño ha subido a tocar, luego estamos un grupo que también las tañíamos siendo monaguillos y, guiados por Simón Garay, aprendimos los distintos toques. Los más jóvenes no las habían tocado hasta ahora.

Habitualmente somos nosotros quienes lo hacemos, pero es normal que suba algún vecino, algún curioso o las mujeres de Alloza, que las bandean para santa Águeda.

Sois un referente en Aragón, incluso en España, del toque manual de campanas.

La inmensa mayoría de los campanarios están motorizados y hay pocos grupos de bandeadores, esto llama la atención y han sido

varios los medios de comunicación que nos han visitado. También hemos sido elegidos por los Campaners de Albaida, en Valencia, para encabezar la propuesta a la UNESCO del Toque Manual de Campanas como Bien Inmaterial de la Humanidad siguiendo los pasos del Ministerio de Cultura, que declaró el Toque Manual de Campanas como Manifestación Cultural del Patrimonio Inmaterial en España el 22 de abril de 2019.

¿Qué proyectos tenéis?

En primer lugar, legalizar la asociación. Luego, junto al Ayuntamiento y la Comarca, hacer las gestiones necesarias para restaurar la María Blasa, la Sanroquera y las matracas, un instrumento de madera que se tocaba en Semana Santa. También queremos hacer visitable la torre y el campanario accediendo desde la base de la misma sin tener que pasar por la iglesia.

Explicanos alguna particularidad de este mundillo.

Por ejemplo, la diferencia entre campanero y bandeador; entre repicar y bandear.

El campanero es un oficial encargado de dar toques a distintas horas para indicar diversos acontecimientos: tocar a misa, al mediodía y al atardecer para avisar a las personas que están por el campo, etc. Los bandeadores somos voluntarios.

Los repiques se hacen golpeando el badajo de las campanas permaneciendo estas inmóviles. Como cada campana tiene un sonido particular, según el número de toques a cada una de ellas y la frecuencia de los mismos el significado es distinto: que hay un fuego, que ha muerto un niño, un hombre o una mujer. Este lenguaje es particular de cada lugar y se entiende solo allí. Bandear es voltear las campanas para que suenen de forma acompasada y es algo parecido a cuando se toca el tambor: cuanto más tocas, más quieres tocar.

Es expresivo y cambiante el lenguaje de las campanas; su vibración es capaz de acentos hondos y graves y livianos y agudos y sombríos. Nunca las campanas dicen lo mismo. Y nunca lo dicen de la misma manera.

Daniel, el Mochuelo, acostumbraba a dar forma a su corazón por el tañido de las campanas. Sabía que el repique del día de la Patrona sonaba a cohetes y a júbilo y a estupor desproporcionado e irreflexivo. El corazón se le redondeaba, entonces, a impulsos de un sentimiento de alegría completo y armónico. Al concluir los bombardeos, durante la guerra, las campanas también repicaban alegres, mas con un deje de reserva, precavido y reticente. Había que tener cuidado. Otras veces, los tañidos eran sordos, opacos, oscuros y huecos como el día que enterraron a Germán, el Tiñoso, por ejemplo. Todo el valle, entonces, se llenaba hasta impregnarse de los tañidos sordos, opacos, oscuros y huecos de las campanas parroquiales. Y el frío de sus vibraciones pasaba a los estratos de la tierra y a las raíces de las plantas y a la médula de los huesos de los hombres y al corazón de los niños. Y el corazón de Daniel, el Mochuelo, se tornaba mollar y maleable –blando como el plomo derretido– bajo el solemne tañir de las campanas.

Fragmento de *El camino*, Miguel Delibes.